BIBLIOTECA ECONOMICA

NUMERO 39

AMICIS

FILIGRANAS

(Conclusión)

SE PUBLICAN TRES VOLÚMENES POR MES

EDITOR, FRANCISCO A. GAMBOA

SAN SALVADOR —— CENTRO-AMÉRICA

Noviembre de 1899.

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES IMPRENTA AMERICANA

BIBLIOTECA ECONOMICA

38 volúmenes publicados, que contienen :

TOMO I.

1°. "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapahgui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Gómez Carrill ; "Andina," por Ramón Rosa.

2°. "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres.)

3°. "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guanaco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.

4°. "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en tí," por el mismo.

5°. "Víctor Hugo," por Emilio Zola; "VVaterloo," por Víctor Hugo.

6°. "VVaterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Anderson, y "En familia.....yankee," por Heinrich Urban.

7°. "Poesías," de Calixto Velado.

8°. "Edgar Poe," por Carlos Baudelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.

9°. "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo," por Edgar Poe.

10°. "José Cecilio del Valle," por Rómulo E. Durón; 'Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros." "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia".

TOMO II.

11°. "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.

12°. "Poesías," de Vicente Acosta.

13°. "Dos idilios," por Ludovico Halévy.

14°. "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por VV. ~. Lilly; "Quién tiene la culpa?," por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.

15°. "El Crimen de Julieta", por Charles Corbin.

16°. "El Crimen de Julieta" (Conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúnebre de Fr. Matías Córdoba", por José Milla; "La tentativa del león y el éxito de su empresa", por Fr. Matías Córdoba.

17°. y 18°. "Efemérides Centro-americanas", por Alejandro Marure.

19°. "Tradiciones", por Ricardo Palma.

20°. "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

21°. "Tres héroes", por Juan Montalvo.

22°. "Lohengrin", por Ricardo VVagner.

23°. "Páginas alegres", por Luis Taboada.

(Pasa á la última página.)

—Todos levantaron los vasos. Y Marcos repitió:—A la salud de mi.....—Pero un sollozo de alegría le impidió concluír, y dejando el vaso sobre la mesa, se echó en brazos del viejo lombardo.

La mañana siguiente, al romper el día, había ya salido para Córdoba, animado y riénte, lleno de presentimientos halagüeños. Pero esta alegría no correspondía al aspecto siniestro de la naturaleza. El cielo estaba cerrado y obscuro: el tren, casi vacío, corría á través de inmensa llanura, en la que no se veía ninguna señal de habitación. Se encontraba solo en un vagón grandísimo, que se parecía á los de los trenes para los heridos. Miraba á derecha é izquierda y no se veía más que una soledad sin fin, ocupada sólo por pequeños árboles deformes, de ramas y troncos contrahechos, que ofrecían figuras raras y casi angustiosas y airadas; una vegetación obscura, extraña y triste, que daba á la llanura el aspecto de inmenso cementerio.

Dormitaba una media hora y volvía á mirar: siempre veía el mismo espectáculo Las estaciones del camino estaban solitarias, como casas de ermitaños; y cuando el tren se separaba no se oía una voz: le parecía que se encontraba solo en un tren perdido, abandonado en medio del desierto. Creía que cada estación debía ser la última, y que se entraba, después de ella, en las tierras misteriosas y horribles de los salvajes. Una brisa helada le azotaba el rostro. Embarcándolo en Génova á fines de Abril, su familia no había pensado que en América podría encontrar el invierno, y le habían vestido de verano. Al cabo de algunas horas comenzó á sentir frío, y con el frío, el cansancio de los días pasados, llenos de emociones violentas y de noches de insomnio y agitadas. Se durmió; durmió mucho tiempo, se despertó aterido, se sentía mal. Y entonces le acometió un vago terror

de caer malo, de morir en el viaje y de ser arrojado allí, en medio de aquella llanura solitaria, donde su cadáver sería despedazado por los perros y por las aves de rapiña, como algunos cuerpos de caballos y de vacas que veía al lado del camino de vez en cuando, y de los cuales apartaba la mirada con espanto. En aquel malestar inquieto, en medio de aquel tétrico silencio de la naturaleza, su imaginación se excitaba y volvía á pensar en lo más negro. ¿Estaba, por otra parte, bien seguro de encontrar en Córdoba á su madre? ¿Y si no estuviera allí? ¿Y si aquellos señores de la calle de las Artes se hubieran equivocado? ¿Y si se hubiese muerto? Con estos pensamientos volvió á adormecerse, y soñó que estaba en Córdoba, de noche y oía gritar en todas las puertas y desde todas las ventanas:—¡No está aquí! ¡No está aquí! ¡No está aquí!—Se despertó sobresaltado, aterido, y vio en el fondo del vagón á tres hombres con barbas, envueltos en mantas de diferentes colores, que lo miraban hablando bajo entre sí: y le asaltó la sospecha de que fuesen asesinos y lo quisiesen matar para robarle el equipaje. Al frío, al malestar, se agregó e miedo; la fantasía, ya turbada, se le extravió: los tres hombres le miraban siempre; uno de ellos se movió hacia él; entonces le faltó la razón, y corriendo á su encuentro, con los brazos abiertos, gritó:—No tengo nada. Soy un pobre niño. Vengo de Italia, voy á buscar á mi madre, estoy solo; ¡no me hagáis daño!—Los viajeros lo comprendieron todo en seguida; tuvieron lástima, le hicieron caricias y lo tranquilizaron, diciéndole muchas palabras, que no entendía; y viendo que castañeteaba los dientes por el frío, le echaron encima una de sus mantas y le hicieron volver á sentarse para que se durmiera. Y se volvió á dormir al anochecer. Cuando lo despertaron estaban en Córdoba.

¡Ah! ¡Qué bien respiró y con qué ímpetu se echó

del vagón! Preguntó á un empleado de la estación dónde vivía el ingeniero Mequínez; le dijo el nombre de una iglesia, al lado de la cual estaba su casa el muchacho echó á correr hacia ella. Era de noche. Entró en la ciudad Le pareció entrar en Rosario otra vez al ver calles rectas, flanqueadas de pequeñas casas blancas, y cortadas por otras calles rectas y larguísimas. Pero había poca gente, y á la luz de los pocos faroles que había, encontraba caras extrañas, de un color desconocido, entre negro y verdoso; y alzando la cara de vez en cuando, veía iglesias de una arquitectura rara, que se dibujaban inmensas y negras sobre el firmamento. La ciudad estaba obscura y silenciosa; pero después de haber atravesado aquel inmenso desierto, le pareció alegre. Preguntó á un sacerdote, y pronto encontró la iglesia y la casa; llamó á la campanilla con mano temblorosa, y se apretó la otra contra el pecho, para sostener los latidos de su corazón, que se le quería subir á la garganta

Una vieja fue á abrir con una luz en la mano

—¿A quién buscas?—preguntó aquélla en español.

—Al ingeniero Mequínez—dijo Marcos.

La vieja, despechada, respondió meneando la cabeza:—¡También tú, ahora, preguntas por el ingeniero Mequínez! Me parece que ya es tiempo de que esto concluya. Ya hace tres meses que nos importunan con lo mismo No basta que lo hayamos dicho en los periódicos. ¿Será menester anunciar en las esquinas que el señor Mequínez se ha ido á vivir á Tucumán?

El chico hizo un movimiento de desesperación Después dijo, en una explosión de rabia:

—¡Me persigue, pues, una maldición! ¡Yo me moriré en medio de la calle sin encontrar á mi madre! ¡Yo me vuelvo loco! ¡Me mato! ¡Dios mío!

¿Cómo se llama ese país? ¿Dónde está? ¿A qué distancia?

—¡Pobre niño!—respondió la vieja, compadecida.—¡Una friolera! Estará á cuatrocientas ó quinientas leguas por lo menos.

El muchacho se cubrió la cara con las manos: después preguntó sollozando:—Y ahora...¿qué hago?

—¿Qué quieres que te diga, hijo mío?—respondió la mujer—; yo no sé.—Pero de pronto se le ocurrió una idea, y la soltó en seguida.

—Oye, ahora que me acuerdo. Haz una cosa. Volviendo á la derecha, por la calle encontrarás, á la tercera puerta, un patio: allí vive un *capataz*, un comerciante, que parte mañana para Tucumán con sus carretas y sus bueyes; vé á ver si te quiere llevar, ofreciéndole tus servicios; te dejará, quizá, un sitio en el carro: anda en seguida.

El muchacho cargó con su cofre, dio las gracias á escape, y al cabo de dos minutos se encontró en un ancho patio, alumbrado por linternas, donde varios hombres trabajaban en cargar sacos de trigo sobre algunos grandes carros, semejantes á casetas de titiriteros, con la cubierta redonda y las ruedas altísimas. Un hombre alto, con bigote, envuelto en una especie de capa con cuadros blancos y negros, con dos anchos borceguíes, dirigía la faena. El muchacho se acercó á él, y le expuso, tímidamente, su pretensión, diciéndole que venía de Italia y que iba á buscar á su madre.

El *capataz*, ó sea el conductor de aquel convoy de carros, le echó una ojeada de pies á cabeza, y le dijo secamente:—No tengo colocación para ti.—Tengo quince pesetas—replicó el chico suplicante—; se las doy. Trabajaré por el camino. Iré á buscar agua y pienso para las bestias; haré todos los servicios. Un poco de pan me basta. Déjeme ir, señor.

El *capataz* volvió á mirarlo y respondió con mejor aire:—No hay sitio.....y además, no vamos

á Tucumán, vamos á otra ciudad, á Santiago. Te tendríamos que dejar en el camino, y tendrías que andar todavía buen trecho á pie.

—¡Ah! ¡Yo andaría el doble!—exclamó Marcos;—yo andaré, no lo dude usted; llegaré de todas maneras; ¡déjeme un sitio, señor, por caridad; por caridad no me deje aquí solo!

—¡Mira que es un viaje de veinte días!

—No importa.

—¡Es un viaje muy penoso!

—Todo lo sufriré.

—¡Tendrás que viajar solo!

—No tengo miedo á nada. Con tal que encuentre á mi madre.....¡Tenga usted compasión!

El *capataz* le acercó á la cara una linterna, y lo miró. Después dijo:—Está bien.

El muchacho le besó las manos

—Esta noche dormirás en un carro—añadió el *capataz*, dejándolo;—mañana á las cuatro te despertaré. Buenas noches.

Por la mañana á las cuatro, á la luz de las estrellas, la larga fila de los carros se puso en movimiento con gran ruido: cada carro iba tirado por seis bueyes. Seguía á todos un gran número de animales para mudar los tiros. El muchacho, despierto y metido dentro de uno de los carros, con su bagaje, se durmió bien pronto profundamente. Cuando se despertó, el convoy estaba det nido en un lugar solitario, bajo el sol, y todos los hombres, los *peones*, estaban sentados en círculo alre ledor de un cuarto de ternera, que se asaba al aire libre, clavado en una especie de espadón plantado en tierra, al lado de gran fuego, agitado por el viento. Comieron todos juntos, durmieron, y después volvi ron á emprender la jornada, y así continuó el viaje, regulado como una marcha militar. Todas las mañanas se ponían en camino á las cinco; paraban á las nueve; volvían á andar á las cinco

de la tarde, y paraban de nuevo á las diez. Los *peones* iban á caballo, y excitaban á los bueyes con palos largos. El muchacho encendía el fuego para el asado, daba de comer á las bestias, limpiaba los faroles y llevaba el agua para beber. El país pasaba delante de él como una visión fantástica: vastos bosques de pequeños árboles obscuros; aldeas de pocas casas, dispersas, con las fachadas rojas y almenadas; vastísimos espacios, quizá antiguos lechos de grandes lagos salados, blanqueados por la sal, hasta donde alcanzaba la vista; y por todas partes, y siempre, llanura, soledad, silencio. Rarísima vez encontraba dos ó tres viajeros á caballo, seguidos de unos cuantos caballos sueltos, que pasaban á galope, como una exhalación. Los días eran todos iguales, como en el mar, sombríos é interminables. Pero el tiempo estaba hermoso. Los peones, como el muchacho se había hecho un servidor obligado, se hacían de día en día más exigentes; algunos lo trataban brutalmente, con amenazas; todos se hacían servir de él sin consideración: le hacían llevar cargas enormes de forrajes; le mandaban por agua á grandes distancias; y él, extenuado por la fatiga, no podía ni aun dormir de noche, despertando á cada instante por las sacudidas violentas del carro y por el ruido ensordecedor de las ruedas y de los maderos. Además, habiéndose levantado viento, una tierra fina, rojiza y sucia, que lo envolvía todo, penetraba en el carro, se le introducía por entre la ropa, le quitaba la vista y la respiración, oprimiéndole contínuamente de un modo insoportable. Extenuado por la fatiga y el insomnio, roto y sucio, reprendido y maltratado desde la mañana hasta la noche, el pobre muchacho se debilitaba más cada día, y hubiese decaído su ánimo por completo, si el *capataz* no le dirigiese de vez en cuando alguna palabra agradable. A veces, en un rincón del carro,

cuando no lo veían, lloraba con la cara apoyada en su baúl, que no contenía ya más que andrajos. Cada mañana se levantaba más débil y más desanimado, y al mirar el campo y ver siempre aquella implacable llanura sin límites, como un océano de tierra, decía entre sí:—¡Oh! ¡A la noche no llego, no llego á la noche! ¡Hoy me muero en el camino!—Y los trabajos crecían, los malos tratamientos se redoblaban. Una mañana, porque había tardado en llevar el agua, uno de los hombres, no estando presente el *capataz*, le pegó. Desde entonces comenzaron á hacerlo por costumbre; cuando le mandaban algo, le daban un trastazo, diciéndole: —¡Haz esto, holgazán!—¡Lleva esto á tu madre!— El corazón se le quería salir del pecho; enfermo, estuvo tres días en el carro con una manta encima, con calentura, sin ver á nadie más que al *capataz*, que iba á darle de beber y á tomarle el pulso. Entonces se creía perdido é invocaba desesperadamente á su madre, llamándola mil veces por su nombre.—¡Oh! ¡Madre mía! ¡Madre mía!.....¡Oh, pobre madre mía, que ya no te veré más! ¡Pobre madre, que me encontrarás muerto en medio del camino!—Juntaba las manos sobre el pecho, y rezaba. Después se puso mejor, gracias á los cuidados del *capataz*, y se curó por completo; mas con la curación llegó el día más terrible de su viaje, el día en que debía quedarse solo. Hacía más de dos semanas que estaban de marcha. Cuando llegaron al punto en que el camino de Tucumán se aparta del que va á Santiago, el *capataz* le avisó que debían separarse. Le hizo algunas indicaciones respecto al trayecto, le cargó el equipaje sobre las espaldas, de modo que no le incomodase para andar, y abreviando, como si temiera conmoverse, lo despidió. El muchacho apenas tuvo tiempo para besarle en un brazo. También los demás hombres que tan duramente le habían maltratado, pa-

rece que sintieron un poco de lástima al verle quedarse tan solo, y le decían adiós con la mano, al alejarse. El devolvió el saludo con la mano, se quedó mirando el convoy, que se perdió entre el rojizo polvo del campo, y después se puso en camino, tristemente.

Una cosa, sin embargo, le animó algo desde el principio. Después de tres días de viaje, á través de aquella llanura interminable y siempre igual, veía delante de sí una cadena de altísimas montañas azules, con las cimas blancas, que le recordaban los Alpes y le parecía que iba á acercarse á su país. Eran los Andes, la espina dorsal del continente americano, la inmensa cadena que se extiende desde la Tierra del Fuego hasta el mar Glacial del polo ártico, por 110° de latitud. También le animaba el sentir que el aire se iba haciendo cada vez más caliente; y sucedía esto, porque marchando hacia el Norte, se iba acercando á las regiones tropicales. A grandes distancias encontraba pequeños grupos de casas con una tiendecilla, y compraba algo para comer. Encontraba hombres á caballo; veía, de vez en cuando, mujeres y niños sentados en el suelo, inmóviles y serios, con caras nuevas completamente para él, color de tierra, con los ojos oblicuos, los huesos de las mejillas prominentes, los cuales lo miraban fijos y lo seguían con la mirada, volviendo la cabeza lentamente, como autómatas. Eran indios. El primer día anduvo hasta que le faltaron las fuerzas, y durmió debajo de un árbol. El segundo anduvo bastante menos, y con menos ánimos. Tenía las botas rotas, los pies desollados, y el estómago debil por la mala alimentación. A la noche empezaba á tener miedo. Había oído decir en Italia que en aquel país había serpientes; creía oírlas arrastrarse; se detenía, tomaba luego carrera y sentía frío en los huesos. A veces le daba gran lástima de sí mismo, y

lloraba en silencio conforme iba andando. Después pensaba:—¡Oh, cuánto sufriría mi madre si supiese que tengo tanto miedo—Y este pensamiento le daba ánimos. Luego, para distraerse del terror, pensaba en tantas cosas de ella, traía á su mente sus palabras cuando salió de Génova, y el modo como le solía arreglar las mantas, bajo la barba, cuando estaba en la cama; y cuando era niño, que, á veces, lo cogía en sus brazos, diciéndole:—¡Estáte aquí un poco conmigo!—; y estaba así mucho tiempo, con la cabeza apoyada sobre la suya y entregada á sus pensamientos. Y se decía entre sí:—¿Volveré á verte alguna vez, madre querida? ¿Llegaré al fin de mi viaje, madre mía?--Y andaba, andaba, en medio de árboles desconocidos, entre vastas plantaciones de caña de azúcar, por prados sin fin, siempre con aquellas grandes montañas azules por delante, que cortaban el sereno cielo con sus altísimos conos. Pasaron cuatro días, cinco, una semana. Las fuerzas le iban faltando rápidamente, y los pies le sangraban. Al fin, una tarde, al ponerse el sol, le dijeron:—Tucumán está á cinco leguas de aquí.—Dio un grito de alegría y apretó el paso, como si hubiese recobrado en el momento todo el vigor perdido. Pero fue breve ilusión. Las fuerzas le abandonaron de nuevo y cayó extenuado á la orilla de una zanja. Mas el corazón le saltaba de gozo. El cielo, cubierto de estrellas, nunca le había parecido tan hermoso. Lo contemplaba, echado sobre la hierba para dormir, y pensaba que su madre miraría quizá también al mismo tiempo el cielo:—¡Oh, madre mía! ¿Dónde estás? ¿Qué haces en este instante? ¿Piensas en tu hijo? ¿Te acuerdas de tu Marcos, que está tan cerca de ti?

¡Pobre Marcos! Si él hubiese podido ver en qué estado se encontraba entonces su madre, hubiera hecho esfuerzos sobrehumanos para andar

aún, y llegar hasta ella cuanto antes. Estaba enferma, en la cama, en un cuarto de un piso bajo de la casita solariega donde vivía toda la familia Mequínez, la cual le había tomado mucho cariño y la asistía muy bien. La pobre mujer estaba ya delicada cuando el ingeniero Mequínez tuvo que salir precipitadamente de Buenos Aires, y no se había mejorado del todo con el buen clima de Córdoba. Pero después, el no haber recibido contestación á sus cartas, del marido, ni del primo; el presentimiento siempre vivo de alguna gran desgracia, la ansiedad continua en que vivía, dudando entre marchar y quedarse, cada día esperando una mala noticia, la habían hecho empeorar considerablemente. Por último, se había presentado una enfermedad gravísima: una hernia intestinal estrangulada. Desde hacía quince días no se levantaba. Era necesaria una operación quirúrgica para salvarle la vida. Precisamente, en aquel momento, mientras su Marcos la invocaba, estaban junto á su cama el amo y el ama de la casa convenciéndola, con mucha dulzura, para que se dejase hacer la operación.

Un médico afamado de Tucumán había ya venido la semana anterior, inútilmente. No, queridos señores—decía ella—no trae cuenta; yo no tengo ya más fuerzas para resistir, y moriré bajo los instrumentos del cirujano. Mejor es que me dejen morir así. No me importa la vida. Todo ha concluído para mí. Es preferible que muera antes de saber lo que haya ocurrido en mi familia.—Los dueños volvían á decirle que no, que tuviese valor, que las últimas cartas enviadas á Génova directamente tendrían respuesta, que se dejase operar, que lo hiciese por sus hijos. Pero aquella idea de sus hijos agravaba más y más, con mayor angustia, el desaliento profundo que la postraba hacía largo tiempo. Al oír aquellas palabras prorrumpía en

llanto.—¡Oh! ¡Hijos míos! ¡Hijos míos!—exclamaba, juntando sus manos—; ¡quizá ya no existan! Mejor es que muera yo también. Muchas gracias, buenos señores; se lo agradezco de corazón. Más vale morir. Ni aun con la operación me curaría, estoy segura. Gracias por tantos cuidados. Es inútil que pasado mañana vuelva el médico ¡Quiero morirme: es mi destino! Estoy decidida.—Y ellos, sin cesar de consolarla, repetían:—No, no diga eso—cogiéndola de las manos y suplicándole. La enferma entonces cerraba los ojos agotada, y caía en un sopor que la hacía parecer muerta.....Los señores permanecían á su lado algún tiempo, mirando con gran compasión, á la débil luz de la lamparilla, aquella madre admirable, que había venido á servir á seis mil millas de su patria, y á morir...¡después de haber sufrido tanto! ¡Pobre mujer! ¡Tan honrada, tan buena y tan desgraciada!

Al día siguiente, muy de mañana, entraba Marcos con su saco á la espalda, encorvado y tambaleándose, pero lleno de ánimos, en la ciudad de Tucumán, una de las más jóvenes y florecientes de la República Argentina. Le parecía volver á ver á Córdoba, á Rosario, á Buenos Aires; eran aquellas mismas calles derechas y larguísimas, y aquellas casas bajas y blancas; pero por todas partes se veía nueva y magnífica vegetación; se notaba un aire perfumado, una luz maravillosa, un cielo límpido y profundo, como jamás lo había visto ni siquiera en Italia. Caminando por las calles, volvió á sentir la agitación febril que se había apoderado de él en Buenos Aires; miraba las ventanas y las puertas de todas las casas, se fijaba en todas las mujeres que pasaban con la angustiosa esperanza de encontrar á su madre; hubiera querido preguntar á todos, y no se atrevía á detener á nadie. Todos, desde el umbral de sus puertas, se volvían á contemplar aquel pobre mu-

chacho harapiento, lleno de polvo, que daba señales de venir de muy lejos. Buscaba entre las gentes una cara que le inspirase confianza, á quien dirigir aquella tremenda pregunta, cuando se presentó ante sus ojos, en el rótulo de una tienda, un nombre italiano. Dentro había un hombre con anteojos, y dos mujeres. Se acercó lentamente á la puerta; y con ánimo resuelto preguntó:—¿Me sabrían decir, señores, dónde está la familia Mequínez?

—¿Del *ingeniero* Mequínez—preguntó á su vez el de la tienda.

—Sí, del ingeniero Mequínez—respondió el muchacho con voz apagada.

—La familia Mequínez—dijo el de la tienda—no está en Tucumán.

Un grito desesperado de dolor, como persona herida de repente por artero puñal, fue el eco de aquellas palabras.

El tendero y las mujeres se levantaron; acudieron algunos vecinos.—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes, muchacho?—dijo el tendero haciéndole entrar en la tienda y sentarse—; no hay por qué desesperarse, ¡qué diablo! Los Mequínez no están aquí, pero no están muy lejos: já pocas horas de Tucumán?

—¿Dónde? ¿Dónde?—gritó Marcos, levantándose como un resucitado.

—A unas quince millas de aquí—continuó el hombre—; á orillas del Saladillo; en el sitio donde están construyendo una gran fábrica de azúcar; en el grupo de casas está la del señor Mequínez; todos lo saben, y llegarás en pocas horas.

—Yo estuve allá hace poco—dijo un joven que había acudido al oír el grito.

Marcos se le quedó mirando, con los ojos fuera de las órbitas, y le preguntó precipitadamente, palideciendo:—¿Habéis visto la criada del señor Mequínez, la italiana?

—¿La *genovesa?* La he visto.

Marcos rompió en sollozos convulsivos, entre risa y llanto.

Luego, con impulso de violenta resolución:

—¿Por dónde se va? ¡Pronto, el camino, me marcho en el acto, enseñadme el camino!

—¡Pero si hay una jornaja de marcha!—le dijeron todos á una voz;—estás cansado y debes reposar: partirás mañana.

—¡Imposible! ¡Imposible!—respondió el muchacho.—¡Decidme por dónde se va; no espero ni un momento, en seguida, aun cuando me cayera muerto en el camino!

Viendo que era irrevocable su propósito, no se opusieron más.—¡Que Dios te acompañe!—le dijeron.—Ten cuidado con el camino por el bosque.—Buen viaje, *italianito.*—Un hombre le acompañó fuero de la ciudad, le indicó el camino, le dio algún consejo, y se quedó mirando cómo empezaba su viaje. A los pocos minutos el muchacho desapareció, cojeando, con su baulillo á la espalda, por entre los árboles espesos que flanqueaban el camino.

Aquella noche fue tremenda para la pobre enferma Tenía dolores atroces, que le arrancaban alaridos, capaces de destrozar sus venas, y que le producían momentos de delirio. Las mujeres que la asistían perdían la cabeza. El ama acudía de cuando en cuando, descorazonada. Todos comenzaron á temer que aun cuando hubiera decidido dejarse hacer la operación, el médico, que debía llegar á la mañana siguiente, llegaría demasiado tarde. En los momentos en que no deliraba, se comprendía, sin embargo, que su desconsuelo mayor y más terrible no lo causaban los dolores del cuerpo, sino el pensamiento de su familia lejana. Moribunda, descompuesta, con la fisonomía deshecha, metía sus manos por entre los cabellos, con

acritudes de desesperación que traspasaban el alma, gritando:—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Morir tan lejos! ¡Morir sin volverlos á ver! ¡Mis pobres hijos, que se quedan sin madre; mis criaturas, mi pobre sangre! ¡Mi Marcos, todavía tan pequeñito, así de alto, tan bueno y cariñoso! ¡No sabéis qué muchacho era! Señora, ¡si usted supiese! No me lo podía quitar de mi cuello cuando partí: sollozaba que daba compasión oírle; ¡pobrecillo! Parecía que sospechaba que no había de volver á ver á su madre. ¡Pobre Marcos, pobre niño mío! Creí que estallaba mi corazón. ¡Ah! ¡Si me hubiese muerto en aquel mismo momento en que me decía "adiós"! ¡Si hubiera entonces muerto atravesada por un rayo! ¡Sin madre, pobre niño; él, que me quería tanto, que tanta necesidad tenía de mis cuidados; sin madre, en la miseria, tendrá que ir pidiendo limosna; él, Marcos, mi Marcos tenderá su mano, hambriento! Oh Dios eterno! ¡No! ¡No quiero morir! ¡El médico! ¡Llamadlo en seguida! ¡Que venga, y que me corte, que me haga pedazos las entrañas, que me haga enloquecer, pero que me salve la vida! ¡Quiero curarme, quiero vivir, marchar, huír mañana, en seguida! ¡El médico! ¡Socorro! ¡Favor!— Y las mujeres le sujetaban las manos, la acariciaban; suplicando, la hacían volver en sí poco á poco, y la hablaban de Dios y de esperanzas. Ella entonces caía en mortal abatimiento, lloraba, con las manos hundidas entre sus cabellos grises, gemía como una niña, lanzando lamentos prolongados y murmurando de vez en cuando:—¡Oh, Génova mía! ¡Mi casa! ¡Todo aquel mar!.....¡Oh, mi Marcos, mi infeliz Marcos! ¡Dónde estará ahora la pobre criatura mía!

Eran las doce de la noche. Su pobre Marcos, después de haber pasado muchas horas sobre la orilla de un foso, extenuado, caminaba entonces á

través de vastísima floresta de árboles gigantescos, monstruos de vegetación, con fustes desmesurados semejantes á pilastras de una catedral, que á cierta altura maravillosa entrecruzaban sus enormes cabelleras plateadas por la luna. Vagamente, en aquella media obscuridad, veía miles de troncos de todas formas, derechos, inclinados, retorcidos, cruzados, en actitudes extrañas de amenaza y de lucha; algunos caídos en tierra, como torres arruinadas de pronto; todo cubierto de una vegetación exuberante y confusa que semejaba á furiosa multitud disputándose palmo á palmo el terreno; otros formando grupos, verticales y apretados como si fueran haces de lanzas gigantescas cuyas puntas se escondieran en las nubes: una grandeza soberbia, un desorden prodigioso de formas colosales, el espectáculo más majestuosamente terrible que jamás le hubiese ofrecido la naturaleza vegetal. Por momentos le sobrecogía grande estupor. Pero pronto su alma volaba hacia su madre. Estaba muerto de cansancio, con los pies sangrando, solo, en medio de aquel imponente bosque, donde no veía más que á grandes intervalos pequeñas viviendas humanas, que colocadas al pie de aquellos árboles parecían nidos de hormigas, y algún que otro búfalo dormido en el camino: estaba agotado, pero no sentía el cansancio; estaba solo y no tenía miedo. La grandeza del campo engrandecía su alma; la cercanía de su madre le daba la fuerza y la decisión de un hombre; el recuerdo del Océano, de los abatimientos, de los dolores que había experimentado y vencido, de las fatigas que había sufrido, de la férrea voluntad que había desplegado, le hacían levantar la frente; toda su fuerte y noble sangre genovesa refluía á su corazón en ardiente oleada de altanería y audacia Y una cosa nueva pasaba en él: hasta entonces había llevado en su mente una imagen de su madre ob-

curecida y como un poco borrada por los dos años de alejamiento, y ahora aquella imagen se aclaraba, tenía delante de sus ojos la cara entera y pura de su madre como hacía mucho tiempo no la había contemplado; la volvía á ver cercana, iluminada, como si estuviera hablando; volvía á ver los movimientos más fugaces de sus ojos y de sus labios, todas sus actitudes, sus gestos todos, todas las sombras de sus pensamientos; y apenado por aquellos vivos recuerdos, apretaba el paso, y un nuevo cariño, una ternura indecible iba creciendo en su corazón, que hacía correr por sus mejillas lágrimas tranquilas y dulces. Según iba andando en medio de las tinieblas, le hablaba, le decía las palabras que le hubiera dicho al oído dentro de poco:—¡Aquí estoy, madre mía; aquí me tienes; no te dejaré jamás; juntos volveremos á casa, estaré siempre á tu lado en el vapor, apretado contra ti, y nadie me separará de ti nunca, nadie, jamás, mientras tengas vida!—Y no advertía entretanto que sobre la cima de los árboles gigantescos iba poco á poco apagándose la argentina luz de la luna, con la blancura delicada del alba.

A las ocho de aquella mañana, el médico de Tucumán—un joven argentino—estaba ya al lado de la cama de la enferma, acompañado de un practicante, intentando por última vez persuadirla para que se dejase hacer la operación; á su vez, el ingeniero Mequínez volvía á repetir las más calurosas instancias, lo mismo que su señora, Pero ¡todo era inútil! La mujer, sintiéndose exhausta de fuerzas, ya no tenía fe en la operación; estaba ciertísima, ó de morir en el acto, ó de no sobrevivir más que algunas horas, después de sufrir en vano dolores mucho más atroces que los que debían matarla naturalmente. El médico tenía buen cuidado de decirle una y otra vez:—¡Pero si la operación es segura y vuestra salvación cierta, con tal de que

tenga algo de valor! Y por otro lado, si se empeña en resistir, la muerte es segura.—Eran palabras lanzadas al aire.—No—respondía siempre con su débil voz—; todavía tengo valor para morir, pero no le tengo para sufrir inútilmente. Gracias, señor médico. Así está dispuesto. Déjeme morir tranquila.—El médico, desanimado, desistió. Nadie pronunció una palabra más. Entonces la mujer volvió el semblante hacia su ama, y le hizo con voz moribunda sus postreras súplicas.—Mi querida y buena señora—dijo con gran trabajo, sollozando—usted mandará los pocos cuartos que tengo y todas mis cosas á mi familia...por medio del señor Cónsul. Yo supongo que todos viven. Mi corazón me lo predice en estos últimos momentos. Me hará el favor de escribirles...que siempre he pensado en ellos...que he trabajado para ellos...para mis hijos..., y que mi único dolor es no volverlos á ver más...pero que he muerto con valor...resignada... bendiciéndoles; y que recomiendo á mi marido... y á mi hijo mayor, al más pequeño, á mi pobre Marcos...á quien he tenido en mi corazón hasta el último momento.—Y poseída de gran exaltación repentina, gritó juntando las manos:—¡Mi Marcos! ¡Mi pobre niño! Mi vida...—Pero girando los ojos anegados en llanto, vio que su ama no estaba ya á su lado: habían venido á llamarla furtivamente. Buscó al señor: también había desaparecido. No quedaban más que las dos enfermeras y el practicante. En la habitación inmediata se oía rumor de pasos presurosos, murmullo de voces precipitadas y bajas, y de exclamaciones contenidas. La enferma fijó su vista en la puerta en ademán de esperar. Al cabo de pocos minutos volvió á presentarse el médico, con semblante extraño; luego su señora y el amo, también con la fisonomía visiblemente alterada. Los tres se quedaron mirando con singular expresión, y cambiaron entre sí algu-

nas palabras en voz baja. Parecióle oír que el médico decía á la señora:—Es mejor en seguida.—La enferma no comprendía.

¿Josefa?—le dijo el ama con voz temblorosa.—Tengo que darte una noticia buena. Prepara tu corazón á recibir una buena noticia.

La mujer se quedó mirándola con fijeza.

—Una noticia—continuó la señora cada vez más agitada—que te dará mucha alegría. La enferma abrió sus ojos desmesuradamente.

—Prepárate—prosiguió su ama—á ver una persona que quieres mucho.

La mujer levantó la cabeza con ímpetu vigoroso, y empezó á mirar á la señora y á la puerta con ojos que despedían fulgores.

—Una persona—añadió su ama, palideciendo—que acaba de llegar.....inesperadamente.

—¿Quién es?—gritó, con la voz sofocada y angustiosa, como llena de espanto.

Un instante después lanzó un agudísimo grito, de un salto se sentó sobre la cama, y permaneció inmóvil, con los ojos desencajados y con las manos apretadas contra las sienes, como si tratase de una aparición sobrehumana.

Marcos, lacerado y cubierto de polvo, estaba de pie en el umbral, detenido por el doctor, que le sujetaba por un brazo.

La mujer prorrumpió por tres veces:—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios mío!—Marcos se lanzó hacia su madre, que extendía sus brazos descarnados, apretándole contra su seno como un tigre, rompiendo á reír violentamente y mezclándose á su risa profundos sollozos sin lágrimas, que le hicieron caer rendida y sofocada sobre las almohadas.

Pronto se rehizo, sin embargo, gritando como una loca, llena de alegría, y besando á su hijo:—¿Cómo estás aquí? ¿Por qué? ¿Eres tú? ¡Cómo has crecido! ¿Quien te ha traído? ¿Estás solo?

¿No estás enfermo? ¡Eres tú, Marcos! ¡No es esto un sueño! ¡Dios mío! ¡Háblame!—Luego, cambiando de tono repentinamente:—¡No! ¡Calla! ¡Espera!—Y volviéndose hacia el médico:—Pronto, en seguida, doctor Quiero curarme. Estoy dispuesta. No pierda un momento. Llévense á Marcos para que no sufra. ¡Marcos mío, no es nada! Ya me contarás todo. ¡Dame otro beso! ¡Véte! Héme aquí, doctor.

Sacaron á Marcos de la habitación. Los amos y criados salieron en seguida, quedando solo con la enferma el cirujano y el ayudante, que cerraron la puerta.

El señor Mequínez intentó llevarse á Marcos á una habitación lejana; fue imposible; parecía que le habían clavado en el pavimento.

—¿Qué es?—preguntó.—¿Qué tiene mi madre? ¿Qué le están haciendo?

Entonces Mequínez, bajito é intentando siempre llevárselo de allí:—Mira, oye; ahora te diré; tu madre está enferma; es preciso hacerla una sencilla operación; te lo explicaré todo; vén conmigo.

—No—respondió el muchacho;—quiero estar aquí. Explíquemelo aquí

El ingeniero amontonaba palabras y más palabras, y tiraba de él para sacarlo de la habitación: el muchacho comenzaba á espantarse, temblando de terror.

Un grito agudísimo, como el de un herido de muerte, resonó de repente por toda la casa.

—El niño respondió con otro grito horrible y desesperado:

—¡Mi madre ha muerto!

El médico se presentó en la puerta, y dijo:

—Tu madre se ha salvado.

El muchacho le miró un momento, arrojándose luego á sus pies, sollozando:

—Gracias, doctor:

Pero el médico le hizo levantar, diciéndole:

—¡Levántate.....¡Eres tú, heroico niño, quien ha salvado á tu madre!

NAUFRAGIO

Hace muchos años, cierta mañana del mes de Diciembre, zarpaba en el puerto de Liverpool un gran buque que llevaba á bordo más de doscientas personas, entre ellas setenta hombres de tripulación.

El capitán y casi todos los marineros eran ingleses. Entre los pasajeros se encontraban varios italianos: tres caballeros, un sacerdote y una compañía de músicos.

El buque iba á la isla de Malta. El tiempo estaba borrascoso.

Entre los viajeros de tercera clase á proa se contaba un muchacho italiano, de doce años próximamente, pequeño para su edad, pero robusto; un hermoso rostro de siciliano, audaz y severo. Estaba solo, cerca del palo de trinquete, sentado sobre un montón de cuerdas, al lado de una maletilla usada que contenía su equipaje, y sobre la cual se apoyaba.

Tenía el rostro moreno, y el cabello negro y rizado, que casi le caía sobre la espalda. Estaba vestido pobremente, con una manta destrozada sobre los hombros y una vieja bolsa de cuero colgada.

Miraba á su alrededor pensativo, á los pasajeros, al barco, á los marineros que pasaban corriendo, y al inquieto mar.

Tenía el aspecto de un muchacho que acababa de experimentar una gran desgracia de familia: cara de niño y expresión de hombre.

Poco después de la salida, uno de los marineros, un italiano, con el cabello gris, apareció á proa conduciendo de la mano una muchacha, y parándose delante del pequeño siciliano, le dijo:

—Aquí tienes una compañera de viaje, Mario.—Después se marchó.

La muchacha se sentó sobre el montón de cuerdas, al lado del chico. Se miraron.

—¿A dónde vas?...le preguntó el siciliano.

La muchacha respondió

—A Malta, por Nápoles.-Después añadió:-Voy á reunirme con mi padre y mi madre que me esperan; me llamo Julia Fagiani.

El muchacho permaneció callado. Después de algunos minutos, sacó de la bolsa pan y frutas secas: la chica tenía bizcochos: comieron:

—¡Alegría!—gritó el marinero italiano pasando rápidamente.—¡Ahora empieza una danza!

El viento crecía, y el barco rodaba con fuerza. Pero los dos muchachos, que no se mareaban, no tenían miedo. La muchacha sonreía. Representaba casi la misma edad que su compañero, pero era más alta, morena, delgada, algo enfermiza, y vestida más que modestamente. Tenía el cabello cortado y recogido; un pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, y en las orejas zarcillos de plata.

Mientras comían se contaron sus asuntos. El muchacho no tenía ni padre ni madre. Su padre, trabajador, había muerto en Liverpool pocos días antes, dejándolo solo, y el Cónsul italiano lo había mandado á su país, á Palermo, donde le quedaban parientes lejanos. La muchacha había sido conducida á Londres el año antes con una tía viuda que la quería mucho, y á la cual sus padres

(que eran pobres) se la habían dejado por algún tiempo, confiados en la promesa de la herencia; pero pocos meses después, la tía había muerto aplastada por un vehículo, sin dejar un céntimo; y entonces también ella había recurrido al Cónsul, que la había embarcado para Italia. Los dos habían sido recomendados al marinero italiano.—Así—concluyó la niña—mi padre y mi madre creían que volvería rica, y, al contrario, vuelvo pobre. Pero me quieren mucho de todas maneras, y mis hermanos también. Cuatro tengo, todos pequeños; yo soy la mayor de casa, y los visto. Tendrán mucha alegría al verme. Entraré de puntillas..... ¡Qué malo está el mar!—Después le preguntó al muchacho:

—¿Y tú? ¿Vas á vivir con tus parientes?

—Sí—si quieren—respondió.

—¿No te quieren bien?

—No lo sé.

—Yo cumplo trece años en Navidad—dijo la muchacha.

Luego empezaron á charlar del mar y de la gente que había al rededor. Todo el día estuvieron reunidos, cambiando de cuando en cuando alguna palabra. Los pasajeros creían que era hermano y hermana. La niña hacía media; el muchocho meditaba. El mar seguía levantisco. Por la noche, en el momento de separarse para ir á dormir, la niña dijo á Mario:

—Que duermas bien.

—¡Nadie dormirá bien, pobres niños!—exclamó el marinero italiano, al pasar corriendo llamado por el Capitán.

El muchacho iba á responder á su amiga: "Buenas noches", cuando un golpe inesperado de mar lo lanzó con violencia contra un banco.

—¡Madre mía!...¡Que se ha hecho sangre!...—gritó la chica, echándose sobre él.

Los pasajeron, que escapaban abajo, no hicieron caso. La niña se arrodilló junto á Mario, que estaba aturdido de la contusión; le lavó la frente, que sangraba, y quitándose el pañuelo rojo, se lo ató al rededor de la cabeza, y al estrechar la frente contra su pecho para anudar las puntas del pañuelo atrás, le quedó una mancha de sangre en el vestido amarillo, sobre el cinturón. Mario se repuso, y se levantó.

—¿Te sientes mejor?—preguntó la muchacha.

—Ya no tengo nada—contestó.

—Duerme bien—dijo Julia.

—Buenas noches—respondió Mario.

Y bajaron por dos escaleras próximas, á sus respectivos dormitorios.

El marinero había acertado en su augurio. No se habían dormido aún, cuando se desencadenó horrosa tormenta.

Fue como un asalto inesperado de tremendas olas, que en pocos momentos despedazaron un palo y se llevaron tres de las barcas sujetas á la grúa y cuatro bueyes que estaban á proa, como si hubieran sido hojas secas. En el interior del buque reinaba confusión y espanto indescriptibles; un ruido, una batahola de gritos, de llantos y de plegarias, que hacía erizar el cabello. La tempestad fue aumentando su furia toda la noche. Al amanecer creció más. Las olas formidables, azotando el barco de través, rompían sobre cubierta y destrozaban, barrían, revolvían en el mar todas las cosas.

La plataforma que cubría la máquina se rompió, y el agua se precipitó dentro con estrépito terrible, los fuegos se apagaron, los maquinistas huyeron; grandes arroyos impetuosos penetraron por todas partes. Una voz fuerte gritó: "¡A la bomba!" Era la voz del capitán. Los marineros se lanzaron á la bomba. Pero un rápido golpe de

mar, rompiéndose contra el buque por detrás, destrozó parapetos y escotillas, y echó dentro, un torrente de agua.

Todos los pasajeros, más muertos que vivos, se habían refugiado en la cámara. Desalí á poco, apareció el capitán.

—¡Capitán! ¡Capitán!—gritaban todos á la vez.—¿Qué se hace? ¿Cómo estamos? ¿Hay esperanza? ¡Salvadnos!

El capitán esperó á que todos callasen, y dijo:

—Resignémonos.

Una sola mujer lanzó un grito:

—¡Piedad!

Ninguno pudo echar la voz del cuerpo. El terror los había petrificado á todos. Mucho tiempo pasó en silencio sepulcral. Todos se miraban con el rostro blanco. El mar, horroroso, se enfurecía cada vez más. El buque rodaba pesadamente.

En un momento dado, el capitán intentó echar al mar una lancha de salvación: cinco marineros entraron en ella, pero las olas la volcaron, y dos de ellos se sumergieron, uno de los cuales era el italiano; los otros, con mucho trabajo, consiguieron agarrarse á las cuerdas y volver á salir. Después de esto, los mismos marineros perdieron toda esperanza. Dos horas después el buque estaba ya sumergido en el agua hasta la altura de las bordas.

Un espectáculo terrible ocurría entre tanto sobre cubierta. Las madres estrechaban desesperadamente entre sus brazos á sus hijos, los amigos se abrazaban y se despedían: algunos bajaban á los camarotes para morir sin ver el mar. Un pasajero se disparó un tiro en la cabeza y cayó boca abajo sobre la escalera del dormitorio, donde expiró. Muchos se agarraban frenéticamente unos á otros, algunas mujeres se retorcían en convulsiones ho-

rribles. Otras estaban arrodilladas junto á un sacerdote. Se oía un coro de sollozos, de lamentos infantiles, de voces agudas y extrañas, y se veían por algunos lados personas inmóviles como estatuas, estúpidas, con los ojos dilatados y sin vista, con rostros de muertos y de locos. Los dos muchachos, Mario y Julia, agarrados á un palo del buque, miraban el mar con los ojos fijos, como insensatos.

El mar se había aquietado un poco, pero el barco continuaba hundiéndose lentamente. No quedaban más que pocos minutos.

—¡La chalupa al agua!—gritó el capitán.

Una chalupa, la última que quedaba, fue botada al mar, y catorce marineros y tres pasajeros bajaron. El capitán permaneció á bordo.

—¡Baje con nosotros!—gritaron de la barca.

—Yo debo morir en mi puesto—respondió el capitán.

—Encontraremos un barco—le gritaron los marineros—; nos salvaremos. Baje. Está perdido.

Yo me quedo.

—¡Todavía hay un sitio!—gritaron entonces los marineros volviéndose á los otros pasajeros.—¡Una mujer!

Una mujer avanzó sostenida por el Capitán; pero cuando vio la distancia á que se encontraba la chalupa no tuvo valor de dar el salto, y cayó sobre cubierta. Las otras mujeres estaban casi desmayadas y como muertas.

—¡Un muchacho!—gritaron los marineros.

A aquel grito, el muchacho siciliano y su compañera, que habían permanecido hasta entonces petrificados por sobrehumano asombro, despertados de pronto por el instinto de la vida, se soltaron al mismo tiempo del palo y se lanzaron al borde del buque, exclamando á una:—¡Yo!—procuran-

do el uno echar atrás al otro recíprocamente, como dos fieras furiosas.

—¡El más pequeño!—gritaron los marineros. —¡La barca está muy cargada! ¡El más pequeño!

Al oír aquella palabra, la muchacha, como herida del rayo, dejó caer los brazos y permaneció inmóvil, mirando á Mario con los ojos apagados.

Mario la miró un momento, le vio la mancha de sangre sobre el pecho, se acordó: el relámpago de una idea divina cruzó por sus ojos.

—¡El más pequeño!—gritaron los marineros con imperiosa impaciencia.—¡Nos vamos!

Y entonces Mario, con una voz que no parecía la suya, gritó:

—¡Ella es más ligera! ¡Tú, Julia! ¡Tú tienes padre y madre! ¡Yo soy solo! ¡Te doy mi sitio! ¡Anda!

—¡Echala al mar!—gritaron los marineros.

Mario agarró á Julia por la cintura, y la echó al mar.

La muchacha dio un grito y cayó: un marinero la cogió por un brazo y la subió á la barca.

El muchacho permaneció derecho sobre la borda del buque con la frente alta, con el cabello flotando al aire., inmóvil, tranquilo, sublime.

La barca se movió, y apenas tuvo tiempo para escapar del movimiento vertiginoso del agua, producido por el buque que se hundía y que amenazaba volcarla.

Entonces la muchacha, que había estado hasta aquel momento sin sentido, alzó los ojos hacia el muchacho, y empezó á llorar.

¡Adiós, querido Mario!—le gritó entre sollozos con los brazos tendidos hacia él.—Adiós, adiós, adiós!

—¡Adiós!—respondió el muchacio, levantando al cielo la mano.

La barca se alejaba velozmente sobre el mar agitado, bajo el cielo obscuro. Nadie gritaba ya sobre el buque. El agua lamía el borde de la cubierta. De pronto, el muchacho cayó de rodillas con las manos juntas y con los ojos vueltos al cielo. La muchacha se tapó la cara. Cuando alzó la cabeza, echó una mirada sobre el mar.

El buque había desaparecido.

EN EL ALBUM DE UN PADRE

Esta criatura que ocupa tanta parte de mi vida y sin la cual me parece que no podría yo vivir, como si estuviese ligada á mi cuerpo por una arteria invisible, hace tres años, sin embargo, no existía ni siquiera en mi mente. Es extraño. Me parece que pensando profundamente en mi pasado, debiera encontrar alguna huella de él, algún preanuncio.

¿Qué es esta aparición? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? ¿Cuál es tu razón de ser, extranjero? ¿Qué buscas, desconocido? ¿Por qué á mi llamada has respondido tú, con los ojos celestes, y no otro con ojos negros? Responde personaje misterioso?

La edad más bella de los niños, para quien tiene ojos de artista además de corazón de padre, es cuando pasan todavía de pie bajo la mesa, y se puede dirigirles con una mano sola, llevarlos á babucha sobre el pescuezo, esconderlos bajo un periódico, meterlos presos entre dos diccionarios, y todo su vestido, desde la gorrita á los zapatos, cabe cómodamente dentro de un viejo sombrero de papá.

A esa edad, la madre se encoleriza para ver poner los calzones á su hijo; pero cuando de diez

veces una, mete él su piecesito por sí mismo, ella lo abraza con ímpetu y exclama altivamente: ¡Eres un hombre!

Tienen una carita que parece una manzana con ojos, un cuello delicado que se puede ceñir con el pulgar y el índice, dos manecitas que es preciso mirarlas bien para convencerse de que tienen ya los cinco dedos, y un piecesito que, francamente, no se puede tomar en serio todavía.

Su cabecita, según el momento, tiene olor á gorrión, á gato, á conejo, á nidos de golondrinas, á ladrillos, á madera, á barniz, á aceite, á todo lo gue hay en casa, que ellos pueden tocar; y el aliento tiene un ligero olor lácteo mezclado á la fragancia de no sé qué flores; es un aliento que, al aspirarlo, parece que deba hacer bien á la sangre, como el del campo.

Es preciso ver las posturas que guardan en la cuna por la mañana, antes que se despierten. ¿Quien puede contener la risa y los besos? Son posturas de soldados muertos en el campo de batalla, gesto de dolor desesperado, contorsiones de acróbata, abandonos desaliñados de amantes melancólicos. Ora descansan con un codo sobre la almohada, ora se esconden debajo, ora se acuestan sobre la cabeza, de modo que buscándoles el rostro, encontráis la punta de los pies, y queriendo atrapar un pie metéis el dedo en su boca.

Y entonces es lindo tomar todo junto: niño, sábana, cubierta y colcha, y huir por la casa, con la presa caliente entre los brazos.

Quién ve sin reír un niño de tres años, cnando apenas despierto, vestido y puesto en tierra, queda un momento inmóvil, restregándose los ojos, y después adelanta á paso lento, todo dormido, desgreñado, de mal humor, lloriqueando y mirando á la gente de través,—ó cuando es presa del frío,

y tiene lívida la naricita; y camina con pasitos de títeres, haciendo pucheros y mil muecas y graciositas minúsculas, como para decir: "Soy chiquito, soy una cosa de nada, calentadme ó desaparezco," ó cuando mete media cabeza en un tazón de café con leche, que sostiene con las dos manos, y mientras traga ávidamente, hace la guardia con el rabo del ojo á un bizcocho sobre el cual sospecha que tengáis alguna intencion hostil; quien ve esas cosas sin reír, no tiene un sentido cómico delicado.

A esa edad, nada más bello que verlos correr. Su carrera tiene algo del salto de una pelota de goma, del balanceamiento de un ebrio y de las evoluciones de una hoja arrebatada por el viento. La criaturita escapada del banco lánzase fuera de la estancia, tropieza con el gato, derriba una silla, entra á un corredor, y gambeteando y ayudándose con las manos, marcha de cuarto en cuarto, seguido de la madre, hasta el rincón más lejano de la casa, donde se refugia detrás de un saco de viaje, y desde allí intenta una última resistencia para arrancar una concesión al enemigo. Ah! en vano! es preciso dejarse lavar la cara.

———

¿Quién puede decir qué es la voz de los niños? Es el gorjeo del ruiseñor, el grito de la golondrina, el pío pío de los pollos, el maullido de los gatos, Son notas de flauta, murmullos y cuchicheos infinitamente suaves, gritos y gruñidos que laceran los oídos, trinos de soprano, estallido de voces viriles, desentonaciones de tenor resfriado, falsetes de máscara, floritura y pasajes extraños; todos los sonidos que brotan de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos.

Acercad el rostro á su boca, haceos murmurar alguna palabra en el oído; á veces sale de ella un sonido que os turba, paréceos haber puesto el

oído en el respiradero de una puerta misteriosa de la que salía una voz sobre humana.

Ríe. No le he visto nunca reír con tanta gana. Es una risa desarreglada, desgarrada, dislocada. Tengo miedo de que le llegue á faltar la respiración. Se inclina á derecha é izquierda, echa la cabeza hacia atrás, se le llenan los ojos de lágrimas, el rostro se le pone violado.—Pero, ¡vamos! ¡basta! ¡te va á hacer mal! ¡cesa de reír! Concluye de una vez! ¿Pero ¿por qué ríes? ¿Qué ha habido..... Ah.....pícaro! ¡me habías puesto un bonete de papel en la cabeza!

Vestidos parecen algo, desnudos no son nada. Se palpa aquel cuerpecillo, se sienten aquellos huesos sutiles que parece van á romperse si se les pone encima la mano, y se tiembla pensando en el ténue hilo á que está ligada aquella cara vida. ¡Cuánto tiempo y cuántos dolores, para él y para quien lo ama, antes que su pequeño brazo pueda rechazar la ofensa de un hombre! Miradlo allí, desnudo, á ese hombrecito, arrancado ayer recién nacido al seno de la madre! ¿Cómo? ¿Y ha de llegar un día en que tengas barba, y te pongas sombrero de copa alta? y comprenderás á Tito Livio? y sabrás resolver una ecuación de segundo grado con tres incógnitas! Oh, bah! bribonazo! eso no puede ser!

Debiera curarme de esta debilidad. Estoy sentado al escritorio, escribo, tengo la cabeza llena de pensamientos graves, la distracción misma me inquieta, tengo prisa de concluír; y con todo eso, es necesario que deje la pluma, que me levante, atraviese la habitación apartando las sillas, tropezando con los juguetes, incomodando á tres ó cuatro personas para ir á estrechar entre el índice y el pulgar, por un momento solo, la pulpita de aquella

piernecita que desde mi asiento veo blanquear en un rincón oscuro tras el respaldo de una silla.

Satisfecho este capricho, vuelvo á mi escritorio con el corazón en paz y la mente dispuesta. De otra manera no consigo acabar la página.

¡Gran voluptuosidad la de maltratar á un chiquitín y cubrirlo de vituperios!

¡Eres un gandul, eres pesado, eres imbécil, eres duro, eres feo! ¡Comes como un buey y duermes como un topo; eres un ignorantón y un inservible que me arruinas y me condenas el alma: un día de estos voy á darte una cantidad de garrotazos! ¡no te quiero más, te arrojo de casa, tendrás un mal fin, irás á parar á la cárcel! ¡eres mi vida! ¡te adoro!

Hasta el amor de los niños tiene sus furias. Un verdadero padre se siente algunas veces un poco antropófago, y desearía estar en una casa aislada para poder saciar su hambre sin que acudan los vecinos á los gritos de la víctima. No chilles, has oído?

Mi deber es mantenerte, el tuyo consiste en dejarte besar en la cabeza, en los ojos, en la boca, en el pecho, en el cuello, hasta que no me queden fuerzas—Grita! Grita! ¡Qué me importa! ¡Con tal que yo me sacie!

Ah! ¡si no tuviese miedo de sofocarte! Ya lo veo; está escrito: un día de estos te trago como un bizcocho.

Esta mañana paseaba por el cuarto con él extendido sobre los brazos como en una cuna Tenía los ojos cerrados, y dejaba balancear la cabeza y las piernas. La nodriza dijo: Parece muerto. Esta palabra me heló la sangre en las venas. Me puse á pensar qué sería de mí si él muriese. Me pareció que me enloquecía. Me interné en ese pen-

samiento. Tomaría en los brazos al niño muerto, pensé, saldría de casa, atravesaría la ciudad, ganaría el campo é iría de sendero en sendero, de aldea en aldea, de día, de noche, con viento, con lluvia, mudo, infatigable, estrechando con las manos rígidas aquel cuerpecito helado, hasta que llegara á una llanura inmensa y siniestra, donde rompería de pronto en un tal estallido de llanto, que se me rompería una vena en el pecho y caería sin vida.

Ha roto un vaso, ha derribado una luz, hace pedazos la alfombra, atormenta las puertas, hace resonar los vidrios.....arroja al aire los juguetes... cubre las voces de todos. ¡Qué infierno en esta casa! ¡Qué paz en mi corazón!

Cuando estoy triste, veo en cada una de sus travesuras la imagen de una desgracia que le puede suceder, y me pierdo en mil presentimientos dolorosos. Rompe una pierna á un títere; y yo pienso: ¿Se romperá una pierna en una caída? Juega á la pelota, y me pregunto: ¿Será un jugador? Cuando hace sonar su tambor, me imagino que puede morir en la guerra; cuando derriba un altarcito temo que llegue á ser un excéptico; cuando lo veo acurrucado en medio de dos sillas, me parece que un día puede ser arrojado en una prisión. ¿El? Son sueños.

Hasta que yo viva, no le acontecerán desgracias. Le seguiré como la sombra al cuerpo. Seré su amigo, su confesor, su centinela. ¿Pero después?

Ah! el pensamiento de dejarlo solo en el mundo me aterra, tengo miedo de la muerte, me he hecho pusilánime. Quisiera vivir un siglo, quedar decrépito, ciego, paralítico, arrodillado perpétuamente en una silla, para que en los días de dudas y de peligros pudiese aferrarle la mano, tocarle la cabeza, suplicarle, si no con la voz, al menos con

los gritos y las lágrimas, que jamás se aparte de la senda del honor.

Y siempre me detengo en el pensamiento de la belleza.

No creía que un padre, además del afecto que todos comprenden, pudiese alimentar por su hijo un sentimiento tan afín al de un escultor por su estatua. Yo también espío con trepidación, el rostro del que lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como un artista incierto de su obra.

Cada una de sus bellezas me parece un mérito de mis manos, cada una de sus imperfecciones el efecto de una negligencia mía.

Cada día se me presenta con un aspecto diverso. Lo miro y lo remiro, de frente, de perfil, adelante, atrás, de arriba, de abajo; corrijo con los ojos, ciertos de sus rasgos, quedo perplejo, pero concluyo siempre por darme una refregadita de manos, y decir que es un bello trabajito.

¡Son grandes niveladores del corazón humano los niños! Una pobre mujer con un niño en los brazos, sentada en el umbral de la puerta, ve pasar una señora en carruaje, con un niño en las rodillas. El chiquitín de la señora está vestido de terciopelo; el suyo está vestido de andrajos; aquél tiene un sinnúmero de juguetes; aquél come confites, el suyo roe un pedazo de pan negro.

Y sin embargo, de las miradas que cambian las dos mujeres sobre sus propios hijos, la que expresa un sentimiento de envidia es la de la señora.

La pobre mujer lo observa, y exclama con un estremecimiento de orgullo; ¡El mío es el más bello!

Hoy le he hecho tomar un baño, y viéndolo desnudo y bello, chorreando agua y riéndo, pensaba:—Y sin embargo, á estos pobres [illegible]

vulsa las sofoca, el crup las estrangula, y es preciso verlas ponerse negras; rebatirse, revolver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro agitando las manecitas y quedar rígidas; es necesario verlas encerrar en un cajoncito, ver que se las llevan envueltas en un paño negro y las arrojan en un foso y las cubren de tierra y piedras, y después regresar á la casa de uno, pensando que quedan allí solas bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos; y al entrar en casa, á ver de nuevo sus juguetes y sus trajecitos, la cuna vacía, la sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío, y sentir resonar en aquel horrendo silencio la risa de los niños de los vecinos.

Ah! cuando esto sucede me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra una pared, ó caer de rodillas y permanecer perpétuamente con la frente inclinada sobre la cuna.

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, no me aterra ya el pensamiento de la muerte, ó no me entristece sino en cuanto se relaciona al de su porvenir.

Pero si por su vida debiera sacrificar la mía; si con la seguridad de salvarla, debiera hacerle escudo de mi cuerpo, y defenderlo sin defenderme, inmóvil con ella en los brazos, y diez asesinos á mi espalda; ¡oh! tiemblo con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia ante ese pensamiento. Creo, siento, juro, que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar:—Piedad!—y sin derramar una lágrima sobre mi destino.....

Biblioteca Económica

Francisco J. Gamboa, EDITOR.

SAN SALVADOR, C. A.

Edición de 2,000 ejemplares.

Colección de los mejores autores nacionales y extranjeros. Se publican 3 volúmenes por mes. Valor de cada volumen,

UN REAL ($0.12½ centavos)

EXTENSA CLIENTELA DE ANUNCIADORES

La serie de 10 volúmenes, encuadernada, vale DOS PESOS plata y se remite libre de porte á cualquier lugar de Centro América, ó del exterior.

No se atienden los pedidos que no sean pagados anticipadamente.

La BIBLIOTECA ECONÓMICA se vende en San Salvador en todas las librerías, en el almacen de Arciniegas, en las peluquerías "El Comercio" y "Venecia" y en casa del editor.

Anticípese un peso por suscripción á 8 números.

Las personas de esta ciudad que deseen sucribirse pagando número por número (de real en real), se servirán avisarlo al Editor, quien les mandará las entregas á domicilio.

El almacen de

J. Arciniegas

es el que mas barato vende. Especialidad en sedas y otros artículos para caballeros

Agencia de la *Biblioteca Económica*

24°. y 25°. "Cyrano de Bergerac", por Edmundo Rostand.
26°. 27°. y 28°. "VVerther", por Goethe.
29°. "San José", por Alejandro Dumas; "La novia ó el tigre", por F. R. Stockton; "Odio de mujer", por Luis Ulbach.
30°. "Artículos y Biografías", por Pedro Ortiz.

TOMO IV.

31°. y 32°. "Poesías" de Rubén Darío.
33°. "Estudios críticos", por Juan Bertis.
34°. "Manfredo" por Lord Byron.
35°. "Manfredo (conclusión) y Peregrinación de Childe Harold (fragmento)," por Lord Byron.
36°. "Semblanza de Lamartine", por José Ma. de Heredia; "Biografía de Homero," por Lamartine.
37°, 38° y 39. "Filigranas". por Edmundo de Amicis.

Siempre lectura SANA y selecta.

Saben lo que hay donde Gonzalbo?

CALENDARIOS EXFOLIADORES

PARA 1900.

También ha recibido *Papel factura* grande y de oficio. *Cubiertas* de varios tamaños; ataches, artículos de dibujo y pintura. PAPEL PERGAMINO y *Piel de Pergamino* en hojas, propias para trabajos caligráficos, PLUMAS de FUENTE, tinteros, etc. etc. 4

SATURNINO CORTES D.

GERENTE Y CORRESPONSAL DE

"Cuba y América" (HABANA) Y DE "El Comercio Ilustrado" (SAN FRANCISCO CAL.)

San Salvador.— América Central 36

"La Miscelánea"

AGENCIA de la

BIBLIOTECA ECONOMICA

DE Daniel S. Meléndez.

Acepta cualesquiera encargos que se le hagan, cobrando una módica comisión.

Vende artículos de primera necesidad, por mayor y menor.

San Salvador, mayo 15 de 1899

11a. Avenida Norte, No. 57 B.

Frente al London Bank of Central America Ltd. 21